

PLIEGO



Vida Nueva
2.979. 5-11
MARZO DE 2016

Víctimas de la Iglesia

Relato de un camino de sanación

JOSÉ LUIS SEGOVIA, presbítero de Madrid
TESTIMONIO ANÓNIMO

JAVIER BARBERO, psicólogo clínico y psicoterapeuta

Ve la luz por estos días *Víctimas de la Iglesia*. Relato de un camino de sanación (PPC), un libro que –en palabras de su editor– quiere dar voz a “un testimonio vivo de una realidad encubierta en nuestra Iglesia”: los abusos. Pero son páginas que también pretenden mostrar “un camino de humanización real y terapéutico”, presentando “un relato sanador que no se quede postrado en el dolor”. Adelantamos un puñado de extractos del estremecedor testimonio anónimo de esta víctima, apoyados por sendas pinceladas del sacerdote y del terapeuta que guiaron el proceso y su acompañamiento espiritual y psicológico.

I

Todo comenzó un día de la Virgen del Pilar después de una confesión. Él me forzó, yo me resistí y me castigó.

Como un depredador que acecha a su víctima, él llevaba mucho tiempo cercándome. De manera gradual y sutil había ido neutralizando mis defensas al mismo tiempo que tejía una red que, sostenida en la confianza, impedía presagiar lo que iba a suceder. Cuando consideré que ya estaba lista, me asaltó.

Hoy sé, después de muchos años, que en ese preciso instante en el que el agresor cruzó los límites entre los que debe transcurrir una relación de cuidado, se desencadenó un mecanismo perverso de transferencia de la culpa que me convirtió automáticamente en su víctima. Así de cruel es el estallido de una relación de abuso cuyo fin último es el sometimiento y la posesión.

Los abusos dominaron mi vida y se adueñaron de mí, bajo la falsa apariencia del cuidado y la solicitud. Quien abusó de mí consiguió corromper mi mundo de relaciones, me traicionó al brindarme ayudas que siempre se cobró y me manipuló al cargar sobre mis espaldas deberes morales y religiosos que él no dudaba en incumplir.

No es verdad, al menos no lo fue en mi caso, que una víctima no plante cara a su agresor. Yo lo hice; aunque tardé mucho en darme cuenta de que todos mis esfuerzos

serían en vano. La capacidad de manipulación de quien abusó de mí fue tal que llegó a convertir mis resistencias en muestras de desconfianza, y mis reproches, en actos de desobediencia. No soportaba verse reflejado en mis negativas. Exigía obediencia e incondicionalidad. Y para conseguirlo transitaba de la provocación a la benevolencia, sin solución de continuidad.

Pronto comencé a comportarme como lo hacen las mujeres maltratadas. (...)

II

(...) El miedo hizo que tuvieran que pasar muchos años antes de que me decidiera a acudir por primera vez a la consulta de una psicóloga. Fueron casi dos años de terapia de los que recuerdo bien poco: un despacho lleno de plantas, una psicóloga empeñada en que soñara y poco más.

Mi vida se limitaba a un trabajo que odiaba profundamente y a un sofá que durante dos años fue mi único refugio. Mi horizonte vital se acababa en el balcón de mi casa. A partir de ahí se abría el abismo.

(...) Convencida de que la sola visita a la psicóloga evitaría mi muerte, jamás pensé en revelar el secreto de mi vida. Sin embargo, con la llegada del verano sucedió algo imprevisto. El médico que me estaba ayudando a superar mis problemas de alimentación me preguntó una tarde: “¿Has sufrido

abusos de pequeña? Llevo casi un año intentando saber qué te sucede y he llegado a esa conclusión”.

Esa misma noche escribí en mi Diario: “Gracias, Dios mío, porque alguien me ayudará a contar lo que hace un año descubrí”.

(...) Yo había sobrevivido a los abusos gracias a un severo régimen de aislamiento que me había llevado a desconectar del mundo de los afectos, las emociones, las pasiones y los deseos. Recuerdo perfectamente bien cómo fui despertando. Era como regresar a la vida después de un coma largo y profundo. Mi cuerpo, mi alma y mi corazón se iban reencontrando, pero yo era incapaz de saber cómo encajarlos. Todo, o casi todo, era nuevo. Y eso que en principio era una buena señal fue durante algún tiempo una causa de profundo dolor. Poco a poco fui tomando conciencia del tiempo robado mientras trataba de asumir un pasado que me atormentaba y me abría a un presente para que el que no estaba preparada.

(...) Comencé a escribir mi historia. Hasta el momento, mis diarios se limitaban a la expresión de sentimientos deshilvanados, repetitivos y obsesivos. Por fin pude comenzar a reconocer que se trataba de un escándalo que jamás debía haberse producido, protagonizado por alguien que intentó convencerme de la normalidad de lo sucedido. Alguien que velaba por mi integridad moral, que se mostraba tremendamente exigente con mi vida espiritual, que me obligaba a cuidar de mí fe y que me exigía una conducta irreproachable me había forzado hasta el punto de convertirme en su víctima. Odié los besos, las caricias, los abrazos. Me daba igual de quién y de dónde vinieran. Odiaba que me tocaran, que me mostraran afecto. Llegué a sentir asco por los hombres. Y, lo peor de todo, llegué a odiar a mis padres. Ellos, que no eran culpables de nada, cargaron durante años con la rabia que yo era incapaz de devolver a mi agresor.

(...) El recuerdo de la violencia con la que me coaccionaba, del chantaje emocional al que me sometía, de la sutileza con la que me presionaba, del sugerente tono de voz que empleaba, del desprecio con el que me pagaba cuando me resistía, de su agresividad y del riesgo que le gustaba correr sin miedo a ser



Los abusos en la Iglesia

(...) Durante los días en los que Javier y yo trabajamos esta cuestión [“ese ejercicio de reconstrucción de un pasado abominable”] recibí un regalo inesperado. Benedicto XVI se reunió con los obispos de Irlanda para hacer frente al escándalo de los abusos sexuales. Cuatro años antes, al ser elegido papa tras la muerte de Juan Pablo II, yo había experimentado una fuerte sacudida interior. Recuerdo que, en el mismo instante en el que pronunciaron su nombre, escuché una voz en mi interior que me decía: “Ya puedes descansar”. Desde entonces, Benedicto XVI fue para mí un regalo de Dios. Y ahora él llamaba a las cosas por su nombre. Los abusos sexuales en la Iglesia son un crimen atroz y un grave pecado que exige de la Iglesia ayuda a las víctimas para que se restablezca la verdad y la justicia. Por eso el papa pedía perdón, hablaba de la necesidad de reparar el mal, de comprometerse con la sanación de las víctimas. Quien haya conocido en su vida a una persona víctima de abusos sexuales sabe que el sentimiento de culpa que causa el mal infligido es de tal magnitud que el silencio y la negación de la verdad se convierten en la coraza tras la que las víctimas nos parapetamos para poder sobrevivir. Por eso, para una víctima que ha sido abusada por un sacerdote fue tan importante que Benedicto XVI, primero, y Francisco, después, salieran a su encuentro. ¡Cuántas situaciones humillantes se evitarían si la Iglesia hiciera lo propio! (...)

descubierto, me convencían de la necesidad de contar todo lo sucedido.

Todos los días le pedía a Dios que me diera fuerzas, que me liberara del horror, que no me abandonara y que me regalara un abrazo que me diera la fuerza suficiente para contar la verdad. Yo soñaba con enamorarme, segura de que, si en mi vida aparecía un hombre que me ayudara a recuperarme como mujer, yo sería capaz de vomitar todo el horror y el miedo que mi cuerpo y mi alma habían albergado durante años.

(...) Así fue como llegué a pronunciar la palabra “abuso”. Por fin se lo conté a mi psicóloga, al médico y al sacerdote que acompañó la primera parte de esta travesía. Me confesé y me sentí victoriosa. Lo peor fue contárselo a mi hermana. Fue después de una crisis de pánico

de las muchas que vivimos juntas. Recuerdo su cara y su silencio. Tardamos en volver a hablar de ello.

Había conseguido pronunciar la palabra maldita, pero nadie entendió de qué estaba hablando.

(...) Contar la verdad se convirtió en una obsesión. Pero, ¿qué verdad? Ir más allá de lo que había contado hasta el momento significaba pronunciar un nombre. ¿Qué pasaría después? ¿Qué me pasaría? No temía la pérdida de seguridades materiales, sino a la certeza de que, una vez que hubiera contado la verdad, nada habría terminado. Y pese al miedo hablé.

Las imágenes de aquellos días están perfectamente guardadas en mi memoria. Recuerdo los rostros de mis amigos al saber la verdad. Recuerdo la conversación con mi

madre y con mi hermana y cómo se lo contamos a mi padre. Recuerdo los lugares y los momentos. Registrar cada uno de esos escenarios me ha servido para regresar a ellos, comprenderlos y objetivarlos. Había dado un paso importante, pero no se había producido ningún milagro. Yo iba saliendo del infierno, pero no había modo de alcanzar el cielo.

(...) ¿Cómo calificar a un sacerdote que no duda en hacerte sentir impura cuando le desafías, hasta el punto de convertir los abusos sufridos en una hipoteca de la que jamás podrás librarte? ¿Qué nombre debe recibir un sacerdote que usa el abuso para convencerte de que lo que sucede nada tiene de malo porque no rompe vínculo alguno? Todavía hoy recuerdo cuando me decía: “Si estuvieras casada >>

VÍCTIMAS DE LA IGLESIA

» esto no pasaría”. Él, que clamaba airadamente por la indisolubilidad del vínculo matrimonial, no dudaba en traicionar los vínculos propios del ministerio sacerdotal. (...)

III

“Sé que te pasa algo”, me dijo Josito [José Luis Segovia] a mediados del mes de mayo. Y como quien está esperando la oportunidad de agarrarse a la mano tendida respondí: “No voy a hablar con nadie, no voy a ver a nadie, no necesito nada”.

Estaba harta de contar mi vida, estaba harta de médicos, psicólogos y pastillas. De nada había servido hablar, contar, llorar y suplicar. Me sentía abandonada de todos y por todos. Mi sufrimiento no tenía sentido y mi vida era irrecuperable. Había decidido regresar a lo que mejor se me daba: la simulación. Así había vivido durante muchos años sin

que nadie sospechara nada. ¿Qué sentido tenía compartir un horror como el de los abusos si nadie era capaz de curar esa profunda herida?

A los pocos días de esa conversación inesperada, Josito me llamó. “Javier –me dijo– espera que le telefonees”. Mi hermana me animó a dar ese paso. Siempre me ha animado y ha confiado en mí cuando yo era incapaz de hacerlo. Nunca se fue, siempre se quedó.

Conocí a Javier en un momento de especial gravedad. La desesperación me había devuelto al aislamiento. Solo que, a diferencia de antes, ahora ya no era un refugio, sino un infierno contra el que mi corazón se rebelaba. Temía lo que deseaba. Ya no podía regresar al pasado, pero todavía no tenía futuro. Si me muriera –le pedía a Dios– me libraría del presente. Si me muriera... o me sucediera un milagro.

Todo ocurrió de manera inesperada y en forma de promesa de incondicionalidad. Los milagros suceden en el día a día, en lo

cotidiano. Era un milagro que yo siguiera viva. Fue un milagro que Josito se cruzara en mi camino. Fue un milagro que Javier, la persona sin la que jamás hubiera superado los efectos de los abusos sexuales en mi vida, fuera su amigo.

Recuerdo que el día escogido fue un 9 de junio. Recuerdo dos sillas blancas; la de Javier y la mía, recuerdo el miedo que me provocaba sentarme delante de un hombre desconocido, recuerdo la rigidez de mi cuerpo y mi actitud distante, recuerdo que llovía y que era primavera.

Incapaz de pensar nada, ni tan siquiera de desear, me limité a escuchar. “Ser víctima –me dijo Javier en la primera consulta– es ocupar un lugar en el mundo. ¿Quieres seguir ocupando ese lugar?”. “¡No!”, le respondí. Y antes de que pudiera continuar exclamó: “Bien”. Lo pronunció en voz baja, con ese deje que alarga la última consonante y que tantas veces he tenido la dicha de escuchar. Y prosiguió: “Entre un

Perspectiva psicológica: la patología del sinsentido, la sanación del encuentro significativo

Javier Barbero Gutiérrez, psicólogo

Llegó a mi consulta con un enorme bagaje de sufrimiento. Esta es la palabra que mejor define lo que expresaba con sus palabras y con su lenguaje no verbal. Una mujer dañada, asustada, sabiendo que se aproximaba a un espacio desconocido para ella, en el que tenía que plantear –de un modo u otro– algo que había experimentado y que era extremadamente duro, hiriente y humillante: los abusos realizados por un sacerdote. Las conductas del abuso, en sí mismas, son radicalmente reprobables, sin paliativos. Sin embargo, hay algo todavía, si cabe, más perverso; me refiero a ese tipo de vínculo que es capaz de laminar la estructura psicológica y también espiritual de una persona. Recuerdo que en la primera sesión le planteé, entre otras, dos cuestiones básicas. En

primer lugar, si quería dejar el lugar de víctima en la centralidad de su vida. Es decir, que era víctima de una conducta de un tercero es evidente, y que, además, esto marca de por vida, también lo es. Ahora bien, de ella iría a depender, de un modo u otro, permitir que ello definiera o no la centralidad de la vida. La cuestión no es tanto si eres víctima –que lo eres–, sino si vas a quedarte instalado en ese papel. Dicho en otra clave: uno puede vivir con cicatrices, pero no con heridas abiertas. Las cicatrices te recuerdan que hubo herida, y eso forma parte de tu vida, pero suficientemente bien cerrada, con la marca de la cicatriz, del recordatorio de que eso pasó, ¡claro que se puede vivir! Eso sí, necesita de una decisión real, no solo formal, porque el ser víctima, como luego veremos, también

te da un lugar en la vida, aunque este sea deleznable. En segundo lugar le dije que yo tenía una posición clara. No iba a haber equidistancias en mi discurso. La conducta de ese maltratador es, sencillamente, una *inmoralidad*, sin ningún tipo de matiz, y él es el responsable fundamental del abuso. Me da igual su infancia, sus condicionamientos institucionales, su posible ausencia de educación sexual, las dificultades de vivir el celibato en la sociedad actual, su soledad mal gestionada... No me importa tampoco que en otras áreas de su vida pueda ser muy piadoso, o muy brillante, o muy solidario, o muy... Me da lo mismo. Él era un hijo de puta que había generado mucho daño. Sin matices. Sin medias tintas. En la terapia podremos trabajar muchos elementos: los miedos

de la paciente, sus bloqueos, su falta de decisión, etc., pero nada de ello exculpa la acción y la inmoralidad del agresor. Yo soy un psicólogo creyente, pero creo que necesitamos llamar a las cosas por su nombre, precisamente para poder gestionarlas. El abuso de poder tiene un nombre, y con esto no puede haber neutralidad axiológica. Si usted se pregunta por qué utilicé la expresión “hijo de puta” y no otra de contenido más psicológico, según los cánones académicos, la respuesta es muy clara: porque lo central de estas cuestiones es una *patología moral*, aunque la perspectiva de tratamiento, en mi lugar, sí que tenga un encuadre profundamente psicoterapéutico. Este encuadre, no obstante, no exime de una valoración moral de lo que supone el abuso. (...)

psicólogo y un paciente hay líneas que no deben cruzarse. Contigo sí voy a hacerlo. Contigo se han cruzado muchos límites. El que te ha hecho esto es un hijo de puta. Y yo estaré contigo hasta el final”.

(...) Javier me escuchaba pacientemente semana tras semana, sin cansarse, sin alterar ni un ápice su compromiso de incondicionalidad. Siempre ha tenido la virtud de ir interviniendo poco a poco, consciente de que su mirada era privilegiada, pero seguro de que el solo intento de imponerse habría quebrado mi confianza. Su estrategia terapéutica es fruto de su excelencia profesional, pero esta sería vana si la mirada de Javier no fuera una mirada compasiva, indignada, cultivada en el discernimiento, contemplativa, limpia y tan orientada a la resolución como consciente de sus limitaciones, una mirada salpicada de humor y, sobre todo, una mirada resuelta a no dejar las cosas como están. Así es como Josito describe la mirada de Jesucristo y así es como ambos se han dejado tocar por la mirada incondicional de Dios.

Poco a poco, Javier consiguió que yo mirara de frente los horrores sufridos, los objetivara, les pusiera nombre, los narrara y los pronunciara en voz alta. Era como un exorcismo. Es duro leer esto sin sentir un zarpazo, sin sentir repugnancia o miedo. ¡Imaginad, pues, cómo nos sentimos las víctimas!

Las mismas manos que administran el perdón y celebran la eucaristía son las que nos abusan, nos dominan, nos atrapan y nos agreden. Es un sacrilegio. Y ese sacrilegio nos enloquece, nos destruye y nos convierte en culpables de un crimen y de un pecado del que en realidad solo somos sus víctimas. ¿Sabéis cuánto cuesta liberarse de ese horror? ¿Sabéis cuánto cuesta dejar de sentir repugnancia, asco y náuseas? ¿Sabéis cuánto tiempo cuesta dejarse perdonar, dejarse amar, dejarse acoger? (...)

IV

“Tienes que contarlo –me dijo Javier a punto de despuntar la primavera–; una carta ayudará”. Mi respuesta fue inmediata: “No

puedo hacerle eso”. Pacientemente, y sin aparente sobresalto, Javier guardó silencio y esperó. Cuando yo conseguí reconocerme en esa respuesta y tomar conciencia de que el silencio me esclavizaba, me asusté y le pedí ayuda a Dios.

Fueron días de intenso pánico. Le pedí a Dios dos cosas: serenidad y rectitud de intención. No tardé mucho en decidirme. Lo que íbamos a hacer era definitivo, y por eso resolví ir más allá. No iba a escribir una carta, sino a denunciar ante quien correspondiera todo lo que había sucedido. Había

que hacer justicia, me dijo Javier. Procedimos con seriedad, templanza y coraje. El primer paso fue escribir una carta al papa Benedicto XVI a través de la Secretaría de Estado. No quise que el caso se resolviera desde Roma ni a instancias de la Santa Sede, sino desde la Iglesia en España, por lo que los detalles puestos en conocimiento de la Secretaría de Estado fueron los indispensables. Roma respondió inmediatamente. La carta era solo el primer paso. No sabíamos qué era lo que iba a pasar y queríamos contar con un argumento de autoridad >>

Una reflexión con muchos destinatarios...

José Luis Segovia Bernabé, presbítero

(...) El daño causado por el abuso sexual es devastador y duradero. Es imposible hacerse cargo de sus dimensiones sin haber escuchado varias veces con suma atención a las víctimas. La suciedad moral de los agresores y sus chantajes invaden todos los recovecos de las víctimas. Es una experiencia inenarrable de posesión por el mal que corrompe su vivencia de lo religioso y su relación con Dios. Sin embargo, de ese infierno de minusvaloración, culpabilidad, temor permanente, silencio vergonzante y odio hacia el agresor es posible salir. El desgarrador y esperanzado testimonio que relata este libro es la prueba más contundente. Para eso y por eso ha querido escribir su autora este texto. Para mostrar a tantas víctimas ocultas, silentes y silenciadas que es posible pasar de las tinieblas a la luz, incluso aunque se hayan acostumbrado a malvivir en la oscuridad. Soy testigo de las lágrimas que se han vertido detrás de la redacción de cada palabra,

pensada, repensada, matizada mil veces. Nadie podrá imaginar jamás el desgaste y el coste personal que ha tenido para ella parir estas líneas. Pero representan, también para ella, la validación de su propio camino de sanación personal y la superación de esa auténtica “invasión del mal”.

(...) El propósito de la autora es bastante más que hacer una denuncia. Propiamente se trata de una invitación sentidísima, rezada, pensada, objetiva, muy ponderada y rebosante de caridad cristiana, hacia la Iglesia, para que cambie su discurso en algunos puntos (por ejemplo, en la consideración de los adultos “vulnerables”) y, sobre todo, para que cuide diligentemente de sus víctimas. No es, por tanto, fruto del resentimiento ni pretende pasar factura por nada. Mucho menos busca regodearse en lo mal que lo ha hecho la jerarquía de la Iglesia o en dar pábulo al morbo y al escándalo que siempre suponen este tipo de delitos. Bien al contrario, nuestra autora pretende

evitar que estos hechos se repitan, hacer que el dolor causado se acoja y se repare, y que quienes se pudren avergonzados en el infierno del silencio no teman y busquen ayuda. De este modo, nuestra querida Iglesia, y especialmente sus responsables, podrá salir a su encuentro y aliviar el dolor que, al menos por omisión, ha contribuido a cronificar en bastantes casos.

(...) Este libro va dirigido a ellas: a las víctimas de abuso en cualquiera de sus formas. A los niños y niñas, a los hombres y mujeres adultos a los que, mediante el “prevalimiento” del ascendiente moral de un papel reconocido social y eclesialmente, se pretendió poseer. Su mensaje es claro y rotundo: hay salida al infierno. Se puede romper esa atadura invisible y asfixiante de sometimiento, angustia y temor que se mantienen incluso cuando se ha perdido el contacto físico. Aún más: en esa salida compleja del “no lugar”, la experiencia limpia de Dios es fundamental y ayuda como ninguna otra. (...)

VÍCTIMAS DE LA IGLESIA

» que nos sirviera de salvaguarda. Mientras esto sucedía, era preciso contactar con la persona que debía hacerse cargo del caso. Josito dio el paso y la respuesta fue inmediata.

Así, con rapidez, pero sin improvisación alguna, llegó un martes del mes de mayo. La noche anterior, en mis cartas a Dios, le pedí que mis

Un adulto “vulnerable”

(...) Para la terminología eclesial al uso, yo, que tenía más de 18 años, era, en palabras de la carta que el papa remitió con fecha de 2 de febrero de 2015 a los presidentes de Conferencias Episcopales, superiores de los institutos de vida consagrada y de las sociedades apostólicas, un adulto vulnerable. Confieso que cada vez que leo o escucho el término “vulnerable” aplicado a víctimas de abusos sexuales siento mayor perplejidad: ¿De dónde procede esa vulnerabilidad que nos imputan? ¿De la confianza? ¿Del respeto? ¿Del cariño? ¿Del deseo de cuidar la fe? ¿De creer que un sacerdote no nos hará daño? ¿Cuál es la razón última de esa vulnerabilidad con la que mi Iglesia me califica? ¿Confesarme sin rejilla ni confesionario? ¿Haber recibido una educación tradicional? ¿No estar casada? ¿Haber abierto mi alma y mi corazón a un sacerdote católico confiando en que acompañaría mi vida de fe? ¿O acaso soy vulnerable por haber tenido una vida sexual acorde con la doctrina que la Iglesia predica? Odio el término “vulnerabilidad”. Lo odio cuando se usa en tono paternal, lo odio cuando se convierte en una eximente o en un descargo que solo benefician al agresor. ¡Cómo si las víctimas fuésemos tierra abonada para el abuso por razón de alguna causa objetiva ligada a la debilidad psicológica o intelectual, a la indigencia afectiva o religiosa! ¿Quién decide que yo soy vulnerable? ¿Quién decide que los adultos víctimas de abusos sexuales somos vulnerables? ¿Quién decide que somos víctimas idóneas o propiciatorias? La experiencia me demuestra que es el poder –en mi caso ha sido el poder eclesial– el que se arroga el derecho de imputar a la víctima el defecto de la vulnerabilidad. (...)

palabras y mis actos fueran sinceros, honestos y justos; que el dolor que iba a provocarme el recuerdo detallado de los hechos no alimentara deseos de venganza y que el profundo dolor que guardaba en mi seno no me impidiera, si la respuesta no era la justa, comunicar que el siguiente paso sería una denuncia por vía canónica.

Al mirar hacia atrás sé que ese paso fue crucial. Denunciar los abusos sufridos fue un ejercicio de libertad que me haría justicia en la medida en que se visibilizara la verdad de lo sucedido y se castigara al agresor. Y lo conseguimos. Y digo lo conseguimos porque jamás podría haber dado ese paso yo sola. Si no me hubieran sostenido y acompañado en la decisión, si no me hubieran acompañado hasta esa puerta, si no me hubieran esperado al salir, si no hubieran acompañado las horas, los días y las semanas posteriores, jamás habría tenido fuerzas para dar el paso.

Los meses inmediatamente posteriores a la denuncia fueron ajetreados y generosos en acontecimientos. Dios me regaló encuentros, amistades, lugares mágicos, experiencias fascinantes, cerca y lejos de casa, que me ayudaron a reconocermme como protagonista. En mi corazón seguía clavada la espina del amor, pero estaba aprendiendo a vivir con ella. Hoy sé que esos duelos, si son verdaderos, nos muestran lo mejor de nosotros mismos.

(...) Si hay algún misterio en la historia de las víctimas de abusos, este no es otro que el de que, pese a la crueldad con la que nuestros agresores nos victimizan y a la repugnancia con la que después nos miramos, las víctimas seguimos anhelando amar y ser amadas. Por eso, la peor de las mentiras de esta historia no es otra que la que protagonizan todos esos católicos que no dudan en pedirnos, ya sea con sus palabras o con sus silencios, que olvidemos, sublimemos, pasemos página, cambiemos de vida y miremos al futuro.

Para sanar el mal de los abusos hay que reconocerlos, ponerles nombre, odiarlos, denunciarlos y combatirlos. Si os decidierais a escucharnos, comprenderíais que se trata de un sufrimiento irremediable. ¡Cómo no aborrecerlo! ¡Cómo no odiarlo!

Javier me ha enseñado a vivir con estas y otras muchas heridas. Confieso que empiezo a sentirme orgullosa de ellas. Son heridas de guerra. La que yo he librado contra el mal, el horror, el asco y la repugnancia, pero también contra la incompreensión, la banalización y el silencio cómplice.

(...) Josito sabe bien cuánto me ha costado comprender que, como tantas veces me ha repetido, “el futuro es el tiempo de Dios”. (...)

V

Cuando decidí denunciar mi caso, confié en que las decisiones adoptadas serían definitivas. No fue así. El culpable decidió acortar la duración de su condena y regresar a algunas de sus actividades apostólicas. Recuerdo con dolor y desesperación esos días, aunque me alegro enormemente de haber descubierto la verdad. Mi reacción fue visceral y automática. Indagué, acumulé pruebas y tomé una decisión. Lo primero era saber qué pasos había que dar para solicitar la apertura de un juicio al que, por supuesto, decidí acudir a testificar. En segundo lugar, había que entrevistarse de nuevo con la persona que un año antes había asumido la responsabilidad de castigar a mi agresor. En tercer lugar, decidí escribir una carta al sacerdote que había abusado de mí. En cuarto y último lugar, solicité una entrevista con otro sacerdote, también relacionado con el caso. Se trataba de defender mis derechos. (...)

VI

Compartir los detalles de este proceso tiene el valor del testimonio de quien ha querido y sigue queriendo ser la única protagonista de una historia que cada víctima tiene el derecho, pero también el deber, de cerrar de acuerdo a sus posibilidades, su conciencia y sus convicciones. No pretendo ser ejemplar. Yo hice las cosas como quise y, por supuesto, como pude hacerlas en cada momento del proceso. Y reivindico ese mismo derecho para



El amor de Dios

(...) Durante esos meses, Javier me había preguntado en alguna ocasión si creía de verdad que Dios me amaba. ¡Claro que no! No creía que Dios me amara. ¡A mí no! ¡Cuántos años me ha costado vislumbrar ese amor! Quizá sea ahora, al escribir este testimonio, cuando comienzo a descubrir que el profundo sentimiento de culpa con el que he cargado durante años jamás lo reparará el castigo, sino el profundo amor de Dios. Con toda seguridad es la más dura tarea de este largo proceso de recuperación. De hecho, es la cuestión definitiva. Solo dejándose amar puede una víctima abandonar el lugar al que la condenó su agresor. (...) Dios no ha borrado mi pasado de víctima, del mismo modo que no ha llenado los vacíos ni se ha adueñado del espacio del amor humano. Dios no compite con nada ni con nadie. Pero, para una víctima de abusos que busca llenar los espacios, las ausencias y las frustraciones, que anhela la restitución del tiempo robado y que desea verse colmada de los bienes que le arrebataron, ¡qué difícil le resulta comprender a veces a Dios! y ¡qué difícil le resulta dejarse amar por él! (...) Gracias a Dios y a Josito descubrí un día que ese dios tiránico era fruto del abuso perpetrado por un hombre. Mi recuperación solo será posible si consigo quemar a ese dios y regresar, como leí hace poco, a la “guardería espiritual”. (...)

todas y cada una de las víctimas. Siempre he tenido claro, y lo sigo creyendo así, que es la Iglesia quien debe hacerse cargo de los casos de abusos sexuales cometidos por sacerdotes. Aplaudo la normativa que la Santa Sede ha elaborado sobre este asunto. Reconozco la importancia que tiene el que la Iglesia colabore lealmente con la justicia. Pero, no nos engañemos, sobre la Iglesia pesan deberes graves que van mucho más allá de los prescritos por la justicia legal, ya sea civil o canónica.

(...) El relato de las víctimas y sus familias, junto a la voz de los expertos, es indispensable para acertar a comprender que los abusos sexuales no son consecuencia de un supuesto proceso intraeclesial de relajación de la moral o de liberación sexual posconciliar, ni son exclusivos de un continente o país, ni tienen que ver con una

cultura pansexualista o liberacionista, ni con la homosexualidad o heterosexualidad de los agresores.

Nuestros agresores no son Don Juanes apasionados incapaces de asumir los deberes de su ministerio, ni descarriados o enfermos incapaces de controlar sus pulsiones sexuales, ni tampoco víctimas de accidentes fortuitos o sujetos sexualmente reprimidos o débiles. No se trata de actos que puedan quedar reducidos a la categoría de conductas indebidas o pecados contra el sexto mandamiento. Esta terminología es equívoca y banal en el caso de los abusos cometidos por sacerdotes en el seno de la Iglesia, ya que oculta la perversión de un abuso de poder legitimado espiritualmente que, aunque se manifieste sexualmente, no implica siempre, ni necesariamente, una motivación de tipo sexual.

Los abusos sexuales cometidos por sacerdotes no son el fruto de una conducta indebida ni tampoco un error, sino un horror y un mal que agrede la dignidad humana y atenta contra los derechos de niñas, niños, mujeres y hombres a quienes sus agresores reducen a la condición de víctimas.

(...) Es a la Iglesia, independientemente de lo que hagan las instancias judiciales, a quien corresponde hacerse cargo de este mal con el que los agresores han corrompido a las víctimas. Es urgente desentrañar la verdadera naturaleza de los abusos. Y son las Iglesias locales las que deben escuchar a las víctimas y crear, para este fin, espacios visibles en los que podamos ser acogidas y curadas. De otro modo, es imposible que la Iglesia conozca el alcance real del problema. (...) >>

VII

» (...) El inmovilismo había dejado paso a la agitación. Mi vida era un constante abrir y cerrar de puertas tras las que no conseguía encontrar lo que buscaba. O, peor aún, tras las que siempre había alguien que había llegado antes que yo. De este modo, no acertaba a encontrar la estancia idónea. El miedo se adueñó de nuevo de mi vida; miedo al fracaso, a la frustración, al desarraigo, a no encontrar el lugar, a carecer de hogar... Y, junto al miedo, la peor de las tentaciones. Me sentía “mortalmente sola” y asustada al descubrir que el recelo se había colado en mi vida. No me había convertido en una mujer desconfiada, pero sí en una mujer temerosa. (...)

VIII

Llega un punto en la vida de una víctima de abusos, sea cual sea su situación personal, en el que hay que hacer el camino sola y a pie. Ha llegado la hora de hacerme cargo de mi vida para descubrir así el sentido verdadero de mi libertad y querer.

Me engañé al creer que el amor de un hombre restauraría todo el daño que me habían hecho. La ecuación es sencilla. Una mujer cuyo cuerpo ha sido abusado, su alma y su conciencia, manipuladas, y su confianza, traicionada con el fin de ejercer poder y dominio sobre su persona, cree, al menos este fue mi caso, que solo el regalo del amor humano podría restaurar las heridas. Me ha costado mucho entender que no es así.

Con toda seguridad, la experiencia del amor, aunque no sea definitiva, es restauradora. Sentirse amada desde la complementariedad cura el desprecio al cuerpo y el miedo al contacto físico, libera a la víctima de las ataduras del pasado, la ayuda a mirarse con otros ojos, le regala el sentido de la acogida y la lleva hasta lugares en los que poder descansar. Sin lugar a dudas, ese amor humano que sabe a hogar es tierra fértil en la que echar raíces, pero aun cuando ese amor fuera para siempre, nunca sería suficiente.



Casi al final del camino sé que lo que queda por hacer es lo definitivo. Creo, sin temor a equivocarme, que uno de nuestros peores miedos es creer que en la medida en que abandonemos el lugar al que nos condenaron nuestros agresores se perderá el rastro del mal y se borrará nuestra memoria.

Yo reivindico la memoria de las víctimas. (...)

IX

Reconozco y confieso que lo escrito en estas páginas está transido de odio, rabia y repugnancia. Siento un odio profundo por los abusos que he sufrido en el seno de mi familia, que es la Iglesia. Odio el mal que anima esos abusos, odio la manipulación y el maltrato infligido, odio la corrupción y la perversión que destilan, odio el silencio, el encubrimiento y la indiferencia, como odio la prostitución de nuestro dolor en las manos de quienes convierten los abusos en un activo económico o en un pase de facturas.

(...) Nunca he hecho caso a las voces que nos piden que perdonemos,

antes incluso de que podamos iniciar nuestro propio camino de curación. El perdón es un don y un regalo de Dios que llega cuando el alma de la víctima ha sido sanada. Y yo quiero perdonar. Lo deseo de corazón. Si no perdonara no sería cristiana, y si no perdono no conseguiré alcanzar a Dios. Pero solo Dios puede invitarme al perdón. Un perdón que ni puede servir para diluir el mal ni puede alimentar el olvido.

Con plena conciencia y libertad he omitido los detalles relativos a mi agresor. Hacerlo así me libera y me pone en sintonía con las palabras que Josito dedica a los agresores en su texto. Las comparto desde la razón al corazón.

Por lo que a mí respecta, no importa quién sea yo ni cuáles sean mis circunstancias personales. Mi historia no es un objeto de libre disposición, sino un testimonio de vida que quiero compartir con otras víctimas, con sus familias y amigos, especialmente con las familias de aquellas víctimas que encontraron en el suicidio la única respuesta a su sufrimiento, con terapeutas y sacerdotes que estén dispuestos a comprometerse con las víctimas, con obispos decididos a visibilizar un mal que ha asesinado el alma de miles de católicos y con todos aquellos que, por las razones que fuera, habéis decidido leer este libro.

Es verdad que hay momentos en los que siento la tentación de gritar: ¡yo he sido una víctima! Y si no lo hago es porque a lo largo de todos estos años he aprendido que la verdad solo interpela a quien se deja interpelar. Razón por la que yo, y solo yo, decido cuándo, cómo y ante quién me expongo.

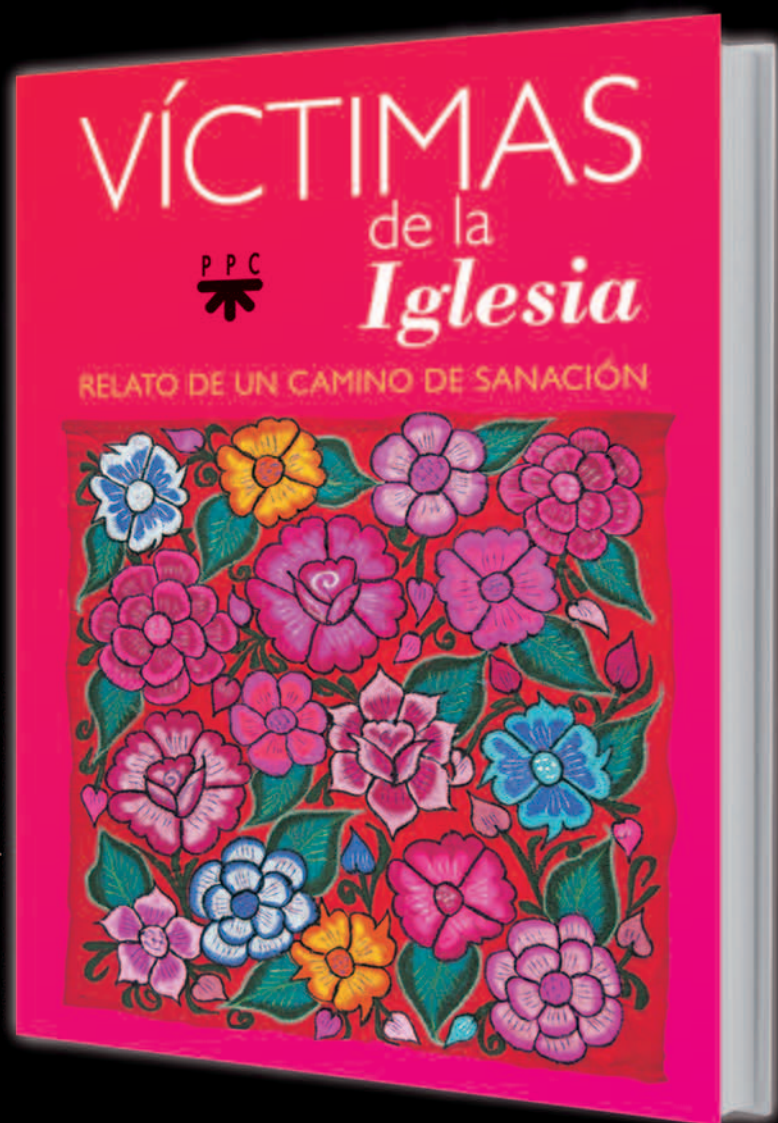
Yo no decidí convertirme en víctima, pero sí decidí dejar de serlo. Por eso me gustaría pedirlos que no hicierais de esta experiencia compartida un escándalo, un objeto de lucro o un pase de facturas.

(...) Hoy sé que hay vida después de los abusos, que es posible disfrutar de los sentidos corporales: sentir el placer del tacto, el agrado del olfato, el gozo de la mirada, la complacencia del oído y el deleite del gusto.

Y sé también, y este es el mayor gozo, que jamás podría haber iniciado y culminado este camino de liberación si no hubiera contado con un nosotros que me ha arropado, cuidado y acompañado. (...) ●

el PRIMER LIBRO que trata los ABUSOS de la IGLESIA en ESPAÑA

P.V.P. 15 € Disponible en eBook



UN TESTIMONIO VIVO QUE A NADIE DEJARÁ INDIFERENTE

UN RELATO VALIENTE PARA LA SANACIÓN ESPIRITUAL
Y PSICOLÓGICA DE VÍCTIMAS Y ABUSADORES

LANZAMIENTO GLOBAL

Ya a la venta en España,
México, Colombia y Argentina

www.ppc-editorial.es